



Sala de Espera

*Esta es una revista
gratuita. Si después
de leerla, no tiene
interés en conservarla,
déchela en algún lugar
donde pueda ser
útil a otra persona*

Nº 5

¿Qué es Sala de Espera?

Sala de Espera es una publicación periódica y gratuita, que las iglesias evangélicas distribuyen por todo nuestro país. Con ella, pretendemos hacer llegar a todos los lugares un mensaje de ánimo y esperanza en tiempos difíciles.

A través de sus páginas queremos hacer reflexionar a los lectores sobre la vida, la felicidad, el perdón, la reconciliación, el valor del individuo, su participación en la sociedad, etc.

Siguiendo con nuestra tónica de transmitir en estas páginas artículos que sean breves, claros, amenos y que tengan un buen contenido moral, hemos querido en este número 5, que para algunos será el primer ejemplar de *Sala de Espera* que tengan en sus manos, incluir una variedad de artículos, escritos por distintos colaboradores, algunos de ellos excelentes escritores, que nos puedan llevar a reflexionar sobre las cosas que de verdad importan en la vida.

En el apartado de biografías de evangélicos relevantes de la Historia, en esta ocasión, hemos traído a Eric Liddell, un creyente evangélico comprometido con su fe, que en su tiempo luchó por mantener sus principios de vida, siendo un claro ejemplo de coherencia como persona y como cristiano, y que además ganó la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de París en 1924.

Esperamos que esta publicación sea para ti un elemento de compañía, en alguno de los encuentros que tengas con ella, en cualquiera de las muchas «salas de espera» de nuestro país.

Nuestra Portada

La admiración que nos causa esa tremenda obra de ingeniería que significa una tela de araña en nuestros jardines o cualquier lugar de una casa, y la belleza que supone verla al amanecer salpicada de gotas de rocío, es directamente proporcional al peligro que entraña para el incauto insecto que, como una inocente víctima, cae en el engaño de la atractiva trampa, a la que muchos de ellos simplemente se acercan para calmar su sed.

Millones de personas han caído y siguen cayendo en las aparentes y atractivas trampas que nuestra sociedad moderna les va tejiendo a su paso: drogas, alcohol, sexo, juego, consumismo, Internet, etc...

En este número, hemos pedido a algunas personas que han estado cautivos en esas telas de araña que nos relaten su terrible experiencia de esclavitud y cómo han sido capaces de superarla.

El resultado ha sido una recopilación de testimonios y artículos sobre el enganche a las distintas adicciones, y sobre cómo la ayuda de Dios y la cercanía de un grupo de apoyo les ha traído la libertad que, por sus propias fuerzas, no pudieron conseguir.

Si tú, amigo lector, estás enredado en alguna de estas modernas telas de araña y no puedes escapar aunque hayas puesto todo tu empeño en ello, es hora de buscar ayuda.

Ponte en contacto con alguna de las direcciones que están en la contraportada y te dirigiremos hacia alguno de los recursos evangélicos (centros, organismos o personas) que tenemos, para ayudarte a ser una persona verdaderamente libre y feliz.

Por qué caí yo en las drogas

Para llenar los vacíos, para “mirar hacia otro lado” y satisfacer curiosidades o mirar al grupo al que pertenezco; para rebelarme contra lo que me rodea o enfrentarme a padres que no son mi mejor modelo. Para eso me acerco a experimentar con drogas. Sin calcular ni sopesar las posibles consecuencias.

Cada generación de este país ha recurrido, de una u otra manera, a la evasión mediante aquello que tenía al alcance o estaba dentro de sus posibilidades. Y ha sido el alcohol el elemento evasivo principal, llegando a formar parte de la historia de esta nación.

En 1975 ya se consumían las denominadas “drogas blandas” (hachís y marihuana), pero no será hasta la afirmación de la democracia, que nos invada toda una suerte de influjos ideológicos, de bibliografía y discografía, así como la determinante afluencia de personas extranjeras que traerán a este país, antaño cerrado y obsoleto, todas las opciones posibles, hasta ese momento prohibidas o



sujetas al tamiz de la censura del régimen.

Junto a los movimientos de protesta o reivindicativos, ya se escucha el eco de sustancias psicotrópicas; con el “despertar” social se duermen muchas conciencias y tenemos al alcance ya las llamadas “drogas duras”: cocaína, heroína, LSD, anfetaminas, etc.

El desconocimiento y la ausencia de casuística, llevan a una gran parte de la juventud a caer en profundas dependencias (“enganche”) y a cometer delitos de toda índole con tal de acceder a la dosis necesaria. Las cárceles y los juzgados, los centros de rehabilitación y los cementerios padecen hacinamiento y sobrecarga. Somos superados por las devastadoras consecuencias del consumo de drogas.

En todo este devenir se van dando situaciones susceptibles de análisis. Por un lado, quienes aseveran de forma radical que son consumidores y consumidoras porque la vida y las propias vivencias per-

sonales no les estimulan a algo mejor (o bien porque el ambiente en que se han criado forma parte del amplio concepto de marginalidad); por otro, quienes de aparente forma sutil, aseguran que no tienen dependencia y que sólo consumen de forma esporádica en eventos ocasionales.



Las dos posiciones analizadas superficialmente tienen un mismo final de trayecto: cárcel, enfermedad o muerte.

En esta época de desbordante contemporización, las drogas de diseño, las más sofisticadas fórmulas elaboradas en laboratorios clandestinos, mezclan opiáceos con anfetaminas, LSD con cocaína, excitantes con relajantes y combinaciones de alto riesgo para el corazón y el cerebro. Son auténticas bombas de relojería.

Así que empezamos experimentando, continuamos disfrutando y finalizamos dependiendo. Buscamos de forma alocada el dinero suficiente para calmar las ansias; una vez calmadas necesitamos más para obtener cierto “placer” y, una vez alcanzado

éste, nos acordamos de que mañana sale de nuevo el sol y que vamos a precisar más: hemos caído. Y para caer sólo fue necesario empezar.

Miles de personas han muerto y están muriendo hoy mismo por causa de las drogas y otras miles aún cumplen condena o están por ingresar en prisión.

Muchas familias sufren de modo indirecto las consecuencias de seres queridos que cayeron en la trampa.

Miles de niños y de niñas se están criando sin sus progenitores, bien porque ya no están o porque la cárcel les retiene.

Algunos centros de rehabilitación, en su mayoría evangélicos y gratuitos (Betel, Remar y Reto, principalmente), acogen personas adictas para ayudarles a recuperar el sentido de sus vidas y a desechar el consumo.

Porque la propia sociedad, a través de sus ciudadanos y ciudadanas, es la que más juzga a quienes caen; excepto cuando les toca en “sus propias carnes”; entonces sí recuerdan que deben apoyar y no juzgar.

Gracias que Jesús vino a buscar y a salvar lo que se había perdido; si no, este texto hoy no estaría ante tus ojos. Porque yo fui una persona drogadicta.

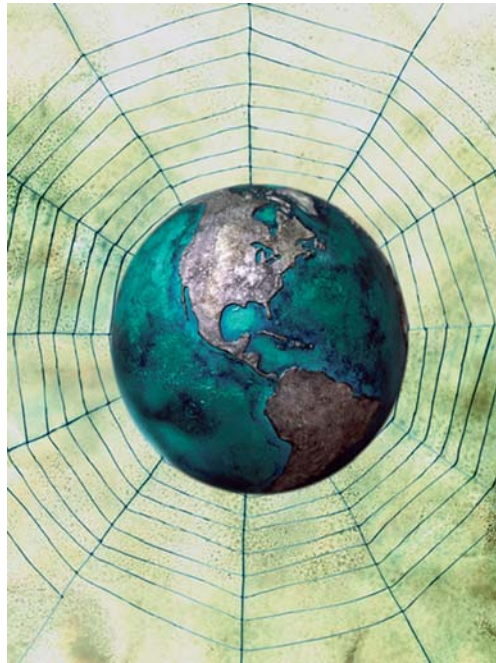
***Porque el Hijo del Hombre
vino a buscar y a salvar
lo que se había perdido.
(Lucas 19: 10)***

No hablo ni de la canción que popularizó el grupo musical "Tam Tam Go" en los 90, ni tampoco de la famosa película en la que Sandra Bullock y Jeremy Northan sufrían el acoso y la manipulación gubernamental a través de la "Red de redes", la Internet, sino que hablo de mi propia experiencia.

Para mí fue un día feliz cuando, hace ocho años ya, iy parece que fue ayer!, tuve Internet en mi casa. Ahora ya era parte de esa multitud de privilegiados que teníamos un espacio común, o mejor dicho, un ciberespacio abierto a todos.

Como persona de rectos principios morales, me propuse solamente usar Internet para encontrar recursos académicos e información cultural para mi trabajo, pero poco sospechaba yo que la red te atrapa sin darte cuenta y luego no puedes escapar fácilmente de ella, y mucho menos por tí mismo.

Al principio fueron sólo aquellas páginas no solicitadas que se te abrían



Atr@p@do en l@ Red

sorpresivamente, y en las que te aparecía lo más descarnado de la sexualidad humana. Yo las cerraba de inmediato, pero no podía sacar ni de mí mente ni de mí retina lo que había visto, y me fui enganchando en ellas...

Después vinieron los "chats" con mujeres que te lo ofrecían todo "sin compromiso" y así, lentamente, fui cayendo en un negro túnel que ha estado a punto de costarme, hasta hace un año, no solamente mi matrimonio, sino mi propia

familia y mi integridad como persona.

Psicólogos, psiquiatras, terapeutas familiares y muchos otros profesionales han sido compañeros de mi oscuro viaje en los últimos cuatro años, con escaso éxito en mi recuperación y superación de esto que ahora reconozco como una adicción pero que empezó siendo sencillamente una evasión.

A pesar de mi estricta moral católica, yo leía muy poco la Biblia; pero hace poco más de un año, un compañe-

ro y buen amigo del trabajo (al que secretamente siempre he admirado por su coherencia como persona y como compañero), se presentó en mi casa con un extraño regalo que recibí con cariño, pero que dejé en una de las estanterías de la salita. Era una Biblia muy bien encuadernada.

Una noche, sobre las 4 de la mañana, después de haber inundado mi mente de pornografía, no sé cómo ni por qué, la tomé en mis manos y la abrí buscando algún evangelio (era lo que más recordaba de la catequesis) y empecé a leer por el capítulo siete de San Juan.

Allí descubrí la invitación de Jesús a que los que tuviéramos sed, fuéramos a beber de él (Jn. 7:37-38), y algo más adelante, me topé con “la receta” para ser completamente libre (Jn. 8:36).

Seguí leyendo largo rato y, allí mismo, en la soledad de la noche (con mi esposa y mi hija durmiendo en sus cuartos), le pedí a Dios que me hiciera libre, y en aquel mismo instante algo extraño se produjo en mí que me llenó de alegría, y una sensación de paz ocupó mi mente y la semioscura salita en la que mi iluminado ordenador era, hasta entonces, mi único refugio.

Desde aquel día muchas cosas han cambiado, me siento otro. He seguido leyendo aquel libro casi olvidado para mí que tanto bien me reporta, y con la ayuda de Dios he sido liberado de la terrible red en la que estaba atrapado. Ahora, ya no le tengo miedo a la arrobada del teclado de mi ordenador.

Fue sólo por probar...



Lo recuerdo como si fuera ayer, aunque hace ya muchos años que comenzó. Tenía yo apenas 5 ó 6 años cuando en Nochebuena me dejaron probar el alcohol de la copa de aguardiente de mi abuela antes de irnos a la Misa del Gallo, a la que los mayores (no sé si por el frío o por simple tradición) se llevaron la botella de anís, junto a otra botella de coñac que llevaba mi tío.

Desde aquel día, poder beber lo que bebían los adultos me hacía sentirme mayor, y cada vez que veía una botella de licor abierta, no perdía la oportunidad de echar un traguito. Así empecé a aprovechar cualquier descuido de la familia para beberme el siempre presente whisky del mueble-bar, que yo paciente-mente rellenaba con agua teñida con regaliz, para que no se notase mis constantes asaltos a la botella.

Durante mi adolescencia, beber alcohol fue una forma de socializar, y aún recuerdo aquellas tardes en las que con la excusa de estudiar juntos en casa de un amigo, la pandilla íbamos arrasando todos los “muebles-bar” de nuestros hogares, mezclando bebidas en un festival de cócteles de fin de semana, que nos dejaba después una terrible resaca.

Luego llegaron las dos o tres cervezas después de salir del trabajo con los compañeros de la obra, y muy pronto comenzó también la copa de “ligado” (anís con coñac) en el desayuno, de tal forma que, sin darme cuenta, iba cayendo en una espiral controlada por el alcohol que iba robando mi propia voluntad.

La cosa siguió complicándose cuando me casé y mi mujer descubrió que una buena parte de mi sueldo la gastaba mensualmente en mis copas, con lo cual empezó una vida de peleas continuas, exigiendo yo, además, que en mi mesa hubiese siempre una botella de buen tinto en cada comida, del que yo apuraba hasta la última gota. Seguí engañándome creyendo que podía controlarlo, pero lentamente fui descubriendo que era el alcohol quien en realidad me dominaba a mí.

Un día fui invitado por mi cuñada a una reunión evangélica y tras mucha resistencia acepté ir. Desde que entré en el salón, me parecía como si cada una de las cosas que se decían allí fuesen directamente para mí. Especialmente me impac-

tó las palabras del predicador cuando nos decía que Jesús hizo una invitación en la que dijo: “*Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar*”. Algo se rompió dentro de mí, apreté con fuerza la mano de mi mujer y empecé a llorar como un niño. ¡Por fin alguien me tendía una mano en mi desesperación sin condenarme por mi dependencia!



En las semanas siguientes, el responsable de la iglesia, con el que he alcanzado un grado de amistad como nunca había logrado con otras personas, me habló de enviarme a un centro de desintoxicación en la costa, para liberarme de mi adicción, y ahora, después de un año de tratamiento y seis años de libertad (aunque con luchas) puedo decir que soy una

persona completamente nueva y libre.

Veo la vida de otra manera, valoro mucho más a mi esposa y a mis hijos, a los que tanto daño hice con mis engaños y mi irritabilidad, y descubro con gran alegría el cariño de aquellos que me han ayudado desde entonces en mi congregación.

Ahora, yo también soy de ayuda a otros a través de las reuniones que hacemos para personas adictas al alcohol, y quiero animarte por mi experiencia, amigo o amiga, a que si éste es tu problema, sepas que ¡HAY SALIDA!, que con la ayuda de Dios y el apoyo de gente que te quiere, saldrás igual que yo, y podrás decir, como yo digo ahora. ¡SOY VERDADERAMENTE LIBRE!



El dinero me falta más que a nadie, es la pura verdad. La crisis poco tiene que ver con lo que me pasa. El problema lo tengo desde la época de Maricastaña. Os cuento:

¡Qué tiempos los de la peseta! Todavía no entiendo por qué nos cambiaron la moneda. Todas los días, después de recoger la cocina (poco había que recoger), las vecinas del corralón venían a casa a pasar el rato. No había televisión y jugábamos a la lotería. Así empecé, ¿o debo decir "me inicié"?, en el mundo del juego. Recuerdo que la primera vez que participé, mi madre me adelantó la paga del domingo: Una peseta.

Ya de mozuela encontré trabajo en una zapatería. El encargado y yo pronto nos hicimos novios. Como los domingos, mi entonces futura suegra, siempre se ponía enferma, nos quedábamos con ella, cuidándola y jugando al tute, que era lo que más le entretenía. Para ese tiempo, la cuota del juego la subimos a un duro. Por muy raro que parezca, nunca gané una partida.

En fin..., mi madre con las pesetas y mi suegra con los duros (Dios las tenga juntas en su Santa Gloria), me dejaron enganchada al juego, ¡maldito parné!

La verdad sea dicha, dejando atrás las tardes de lotería y los domingos de tute, a mí lo que más me ilusiona es el cupón que



MALDITO

compro cada mañana nada más salir de casa. Llevar ese papelito en el monedero, me da vida. Siento como si algo grande fuera a sucederme al llegar el sorteo. Dicen que hay quien nace con estrella y quien nace estrellado, pues ni la devuelta me toca.

Para seguir probando suerte, compro décimos todas las semanas, juego a las quinielas sin tener ni puñetera idea de fútbol, meto en la bonoloto, en la lotería de Navidad, en la del Niño... Pero tengo el cenizo, ni un euro saco. Cuando no sé qué explicación dar en casa por la falta de dinero, pido prestado a los amigos.

Tengo dos hijos adolescentes, dos pura sangre que, salvo para echarme en cara que nunca estoy en casa y preguntarme qué hay de comer, no se dirigen a mí ni me hacen ningún caso... ¡Y yo pensando que cuando me toque el primer premio ellos van a ser los primeros beneficiados!



Mi marido lleva su propia vida, sus propias salidas, sus propias amistades..., puede que hasta me engañe. ¡Y yo pensando en que, cuando sea rica, le voy a comprar un coche de lujo, y un chalé, y un yate!

Si mi Juan estuviera más pendiente de mí..., si mi Javielillo, si mi Curro me quisieran un poco..., ¡quién sabe!, quizás no tendría que tirarme a la calle buscando otras ilusiones. Quizás, no tendría que pedir un café en el bar de la esquina con la única expectativa de jugar un poco con la máquina tragaperras. Quizás no ten-

PARNÉ

dría que pasar las horas en el bingo jugando mis cartoncitos...

Tengo que reconocer que mi vida es un desastre; ¿Qué por qué? Pues porque creo que nadie me quiere; o yo no he sabido hacerlo bien, o el mundo en que vivimos es un desastre, o las dos cosas.

He tenido los ojos cerrados mucho tiempo. No puedo seguir negando que tengo un grave problema. Un gran problema. Desde que me levanto hasta que me acuesto, estoy pensando en el



juego, en la manera de ganar dinero fácil, ¡maldita sea! Nada me satisface. Nada me consuela. Tengo que admitir abiertamente que soy ¡¡¡LUDÓPATA!!! Sí, óigalo bien ¡¡¡LUDÓPATA!!! con mayúsculas y hasta los tuétanos. Y con mayúsculas también grito que ¡¡¡ESTOY SOLA!!! Sola con una existencia que me ahoga, sola con un cuerpo que me pesa, sola con un alma que no entiendo...

Cuando pienso en dejar de jugar, siento que me pongo enferma. Quiero y no quiero. Me pasa que con sólo ver el letreiro del Bingo, ya me empiezan a sudar las manos. Me tiemblan. La adrenalina se me sube a la cabeza.

Sé que, si solucionara este problema, mi familia me vería de otra manera, quién sabe si la cosa funcionaría de nuevo. Pero yo sola no puedo.

Cati, la vecina de al lado, conoce mi historia. La conoce porque su vida era muy parecida a la mía, y ha cambiado mucho.



Bueno, ella insiste en que ha sido el Señor. Me habló de sus problemas mientras tomábamos café en su casa. Le conté mis cosas más íntimas. Dice que quiere ayudarme. Repetidas veces le he dicho, de mala manera, que me deje. Es que en el fondo tengo miedo. Sin embargo, insiste. Yo voy observando su cambio día a día, no hay más que verla. Lo suyo es real. Creo que lo mejor será que le hable de nuevo, a ver que opina. A veces la oigo cantar por el patio de luces, mientras recoge la ropa de los cordeles. Canta cosas así a Jesucristo:

*Dios, el más grande y digno de alabar
yo vengo a tu presencia a adorar,
yo doblo mis rodillas ante ti.
Dios, el más grande y digno de alabar,
me ayuda al enemigo derrotar
el gozo de mi vida eres tú.
Señor yo quiero levantar mi voz,
quiero agradecerte
por tu obra en mi vida
Señor confío en tu grande amor,
sólo tú eres Dios eterno,
sólo tú transformas mi ser.*

Las letras de esas canciones me hacen llorar. Me las he aprendido de memoria. Cati no sabe que, cuando canta, yo me acerco a la ventana para llenarme del contenido de esas palabras.





Tengo un problema

ropero de todo aquello que se me antoja; aunque a veces, en mi “fondo de armario” me encuentro también (como en mi frigorífico) con ropa “caducada” que no he llegado a ponerme y que ya no me sirve.

Mi frigorífico siempre olía mal, y no porque estuviese vacío, y como se dice vulgarmente: *“...sí se cae un ratón, se estrella”* porque yo puedo presumir de tener siempre mi frigo lleno, porque con lo que gana mi marido, en mi casa no falta de nada.

Sin embargo, a pesar de gastarme un dineral en ambientadores, seguía oliendo mal, hasta que descubrí que cada semana tenía que hacer limpieza y tirar muchas cosas caducadas; pero yo, cada vez que iba al hiper, seguía llenando los carros y compraba cientos de cosas que no necesitaba.

Para muestra un botón. Compraba todos los productos de jardinería del LIDL aunque no tengo jardín, y hace poco me preguntaba cuando me encontré con un bote extraño en mi lavadero: *“¿Para qué querré yo abono de orquídeas, si no soy capaz de mantener vivos los cuatro geranios que tengo en la ventana de mi cocina?”*.

Tengo casi todas las tarjetas habidas y por haber, la del MERCADONA; el ALCAMPO y el EROSKI; las del DÍA y el CARREFOUR, y mis más preciados tesoros: La tarjeta del CORTE INGLÉS y una VISA ORO con amplio crédito, con las que lleno mi

Hace poco, me descubrí comprando por teléfono, uno de esos artilugios para pintar sin mancharte nada, y después de colgar me dije a mí misma, que para qué quería yo aquello, sin siempre, hasta para lo más mínimo, llamamos a un pintor, porque con lo que gana mi marido, me lo puedo permitir...

Mi Psicóloga, que hace tres años me recomendó que para calmar la ansiedad que me producía la casa y mi deteriorada relación matrimonial, saliese de vez en cuando de compras y que me regalase a mí misma algún “caprichito”, me ha dicho recientemente (la muy descarada) que me he convertido en una compradora compulsiva, y que tengo que empezar una nueva terapia para salir de ese problema.

¿De verdad tendré un problema añadido al de mi soledad, mi falta de motivación en la vida y tantas frustraciones como pesan sobre mí?

Desde pequeña, he sido enseñada a pensar en Dios como alguien que me ve, me conoce y sabe de verdad lo que hay en el fondo de mi corazón. Quizás sea hora de hablar con él y pedirle ayuda, porque me doy cuenta que sola no puedo llenar ese vacío tan enorme que siento muchas veces dentro de mí.

¿LIBRE YO?

Pero si nunca he sido esclavo de nadie...

En términos parecidos a estos, se recoge una conversación entre un grupo de judíos y Jesús, tal como se registra en el evangelio de San Juan 8:31 al 36.

Dios hizo al hombre libre y nos sigue respetando esa capacidad de decidir, pero no nos podemos olvidar que, en muchas ocasiones, las decisiones que tomamos nos despojan completamente de ese hermoso regalo que Dios nos hizo al crearnos.

Pero además, es sorprendente descubrir el amor propio que tiene el ser humano, y cómo no le deja reconocer su propia situación de esclavitud.

Con qué descaro, aquellos piadosos judíos le dijeron a Jesús *"...nunca hemos sido esclavos de nadie"*, como si la realidad se pudiese ocultar y la Historia se pudiese borrar...

Porque el pueblo de Israel fue esclavo 400 años en Egipto, casi otros 400 entre Persia y el imperio babilónico, y en los últimos 200 años anteriores a la conversión, habían vivido sometidos a los



egipcios nuevamente y a los sirios, y encima de todo ello, cuando Jesús hablaba con ellos, estaban bajo el yugo romano.

¡Claro que cuesta reconocer que uno es o ha sido esclavo de alguien o de algo! pero no nos podemos engañar. El gran Maestro dijo muy claro que no era solamente esclavo el que llevaba grilletes en sus manos o en sus pies, sino que todos en mayor o menor medida somos esclavos del pecado, aunque ese pecado haya sido elegido libremente.

Miles de personas están esclavizadas, no solamente por otros que les roban su voluntad, sino por cientos de cosas que ellos eligieron libremente un día. Probablemente por probar, socializar o buscar nuevas sensaciones, para terminar encerrados en mazmorras de soledad de las que no saben salir, aunque algunos no sean conscientes todavía de su propia situación de falta de libertad.

Jesús hizo una invitación maravillosa a la libertad (aún para aquellos que no se sienten esclavizados en absoluto): *"Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres"*. Las cadenas se rompen cuando se conoce al que dijo: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida"* porque acercarse a Él nos da libertad, por eso pudo decir entonces y hoy lo pueden corroborar muchos que lo han probado que:

***"...SI EL HIJO OS HACE LIBRES,
SERÉIS VERDADERAMENTE LIBRES"***

¿Sabías que... *Eric Liddell, el Campeón Olímpico de París 1924, era Evangélico?*

La persona que hoy traemos a estas páginas de biografías de evangélicos relevantes que destacaron en distintas disciplinas durante sus vidas es un deportista que ganó la medalla de oro en los 400 metros durante la Olimpiada de París de 1924.

Para muchos lectores, si les decimos que hablamos de Eric Liddell, no significará mucho; pero si decimos que hablamos del protagonista de la película *Carros de Fuego* (que desde aquí recomendamos ver, si aún no se ha visto), que en 1981 ganó cuatro oscars, incluyendo el de mejor película, y de la que su famosa banda sonora (de Vangelis), ha sido la música de fondo de miles de eventos deportivos, seguro que empieza a sonarles la historia.

Eric Liddell, aunque de familia escocesa, había nacido en China en 1902. La extraña razón de su nacimiento en tan lejanas tierras es que sus padres eran misioneros evangélicos en ese país.

A los seis años de edad, sus padres decidieron enviarlo a Inglaterra a estudiar junto con su hermano Rob a un colegio dedicado a educar a los hijos de los misioneros en el extranjero.

Desde muy joven mostró una gran pasión por el deporte, especialmente el rugby y en atletismo. En 1920 se matriculó en la Universidad de Edimburgo, donde se graduó en 1924.

En 1923 declaró públicamente su fe en Cristo y su compromiso con el mundo necesitado, algo que había vivido desde su infancia, viendo la entrega de sus padres con el pueblo chino.



Pero la declaración pública de su fe le acarrió muchas críticas de escépticos, que no creían que fuese capaz de llegar a conseguir ninguna marca deportiva, tachándole además de fanático religioso. Sin embargo, en ese mismo año, los silenció a todos cuando se proclamó campeón británico de las

100 y las 200 yardas, consiguiendo un record en la primera disciplina, que tardaría 35 años en ser superado.

Según contaba, cuando iba a competir, elevaba sus ojos al cielo y una frase resonaba en su mente: *“El Señor me guía”*, y según cuentan sus biógrafos tenía una extraña costumbre, que era saludar a todos los competidores de cada carrera después de terminarla, sin importarles su raza o color.

Liddell era un hombre de firmes convicciones religiosas, las cuales sobrepuso siempre por encima del éxito o de la fama en el deporte. Una de ellas (que es casi el elemento central del mencionado film *Carros de Fuego*) era el entendimiento de que el domingo era un día dedicado a Dios, razón por la que se negaba a correr en ese día.

Tras prepararse para competir en París, su nombre dio la vuelta al mundo en los periódicos, al saberse que se había negado a correr la final de los 100 metros lisos (que en teoría era su mejor prueba), por celebrarse en domingo.

Con esta decisión se ganó la desconfianza de millones de ingleses y de medio mundo, pero nuevamente acalló todas las voces en su contra y en contra de su fe, al ganar en París la medalla de bronce en 200 metros y la de oro en los 400 metros.

Tampoco se entendió que, cuando se encontraba en la cima de la gloria deportiva, en 1925, tomase una decisión que demostró al mundo su coherencia como cristiano evangélico.

Y es que decidió marcharse como misionero a China, donde vivió desde entonces entregado a la ayuda a los demás, hasta que en 1945, durante la invasión japonesa fue internado en un campo de prisioneros, donde murió de un tumor cerebral, con apenas 43 años.

Su vida y su compromiso con los pobres influyó a toda una generación, y su nombre es recordado como un ejemplo de coherencia y de convicción cristiana. En una de sus primeras declaraciones antes de ser famoso, Liddell decía lo siguiente:

“No tienes que ser famoso o un especialista para servir al Señor. Dios pregunta solamente si lo que desempeñas lo haces con fidelidad y sinceridad” Y añadió también: *“Dios honra a sus fieles y él honrará tu obediencia, con una vida que trascienda hasta la eternidad. La entrega completa a Cristo es la victoria total”*.

Eric Liddell



Conociendo a los Evangélicos

LA RECUPERACIÓN DE DROGODEPENDIENTES

Tratándose de un número dedicado casi por completo al problema de las adicciones, es, no sólo conveniente, sino diríamos que hasta imprescindible, hablar de la gigantesca labor social que desde el campo evangélico se está llevando a cabo en el terreno de la recuperación de drogodependientes por toda España, así como en otros muchos países del mundo, donde organizaciones no gubernamentales españolas han centrado su labor en este área específica de trabajo.

Partimos del principio de que la adicción a las drogas u otras dependencias, son síntoma del vacío interior de la persona, que ésta trata de llenar para paliar así su propia necesidad interna, o bien de un entorno desestructurado. Y desde la convicción cristiana de que, con la ayuda de Dios y el apoyo moral y espiritual a la persona drogodependiente desde el colectivo social de una comunidad (ya sea ésta terapéutica o eclesial), se busca conseguir que pueda superar tal dependencia, desarrollándose al mismo tiempo, de una manera integral como persona.

Desde el campo evangélico, podemos decir, con agradecimiento a Dios, que contamos con la más amplia red de centros de rehabilitación de España, con un número cercano a los 150 distribuidos por todo el país, y además con satisfacción podemos hablar de varios cientos de miles de personas rehabilitadas y hechas nuevas, reinsertadas en la sociedad, desde que en los años 80 se iniciara la apertura de centros de tratamiento y recuperación de adictos.

Por falta de espacio no podemos mencionar todos los lugares en los que desde el campo evangélico se desarrolla esta importante labor rehabilitadora, pero sabiendo que ya algunas de nuestras organizaciones no gubernamentales son conocidas a nivel nacional, nos referiremos a las principales.

REMAR, es una organización no gubernamental que nació en 1982 en Vitoria y cuyas siglas significan “Rehabilitación de Marginados”.

En la actualidad disponen de centros en todas las provincias españolas (en algunas de ellas, de más de un centro), y según sus propias estadísticas, son ya más de 100.000 los drogadictos que han sido sacados de la calle, las cárceles, la

prostitución y la delincuencia, ayudándoles en su restauración espiritual, física, psíquica, profesional y familiar. Muchos de ellos siguen trabajando en Remar para ayudar a otros en nuestro país, o en alguno de los 72 países por los que se ha extendido esta O.N.G. en los más de 30 años que tiene de existencia.

Como O.N.G. evangélica, ostenta el récord de ser la que más contenedores de ayuda humanitaria envía anualmente a los países en vías de desarrollo. Para mayor información ir a www.remar.org

RETO A LA ESPERANZA, más conocida como Reto. Nace en 1985 en Cantabria, desarrollándose en principio por el norte de España y extendiéndose con posterioridad por todo el país. En la actualidad dispone de centros en 15 de las 17 comunidades autónomas, con un total de 37, además de contar con varios centros de rehabilitación y reinserción social en varios países en desarrollo de otras partes del mundo. Visite la página de la organización en www.asociacionreto.org

BETEL (Casa de Dios), se constituye como O.N.G. en 1987 (también en la década de más desarrollo de las drogas en nuestro país), y al igual que las dos anteriores, ha venido desarrollando una importantísima labor de rescate y reinserción de personas que habían caído en las más diversas adicciones.

En la actualidad Betel tiene 24 centros en España y se encuentra además realizando su labor en otros 15 países extranjeros. Su página www.betel.org

ACCOREMA, que es una de las pioneras del campo evangélico en la labor con los drogodependientes, ya que nació en 1978 en Burgos, tiene en la actualidad tres centros en España, una casa de acogida para mujeres en Ceuta, y dos centros en el extranjero: Uno en Bulgaria y el otro en Marruecos. Se puede conocer más de ellos visitando la página www.accorema.com

En Andalucía también hay dos organizaciones no gubernamentales cristianas, que han destacado por su fructífera labor en este campo de la rehabilitación de drogodependientes: La **ASOCIACIÓN REAL**, ubicada en Antequera (Málaga) fundada también en la década de los 80, y que por bastante tiempo tuvo distintas granjas por la geografía española (www.delvecchio.org); y **EL BUEN SAMARITANO**, asentada en Pozoblanco (Córdoba) que también cuenta con una experiencia de más de 15 años en este complejo campo, con excelentes resultados (www.buensam.org).

Pero, como hemos dicho, estos no son todos los recursos que tiene la iglesia evangélica en España, sino que existen otros muchos centros en distintas congregaciones de distintas partes del país, así que, te aconsejamos que si tienes alguno de estos problemas que mencionamos, contactes con las direcciones de la contraportada de esta revista.



Contacta con nosotros por correo electrónico a:
saladeespera1@yahoo.es
o correo postal a la siguiente dirección:
Sala de Espera - Apdo. 190 - 29200 Antequera